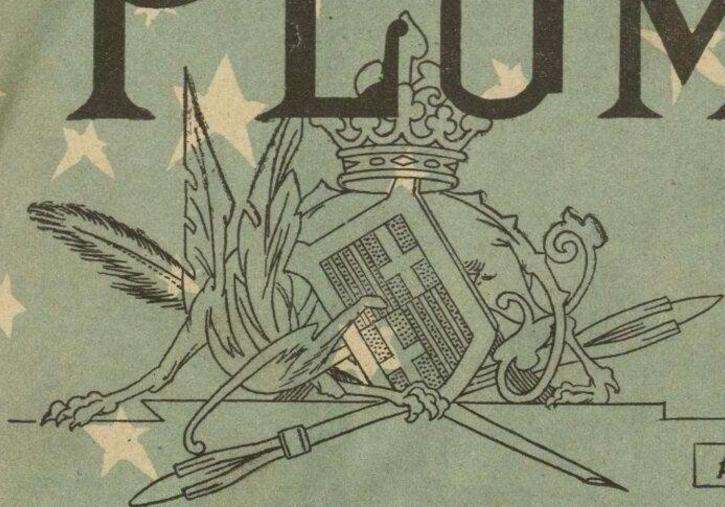


PLUMA Y LAPIZ



PERIÓDICO · LITERARIO · ILUSTRADO ·

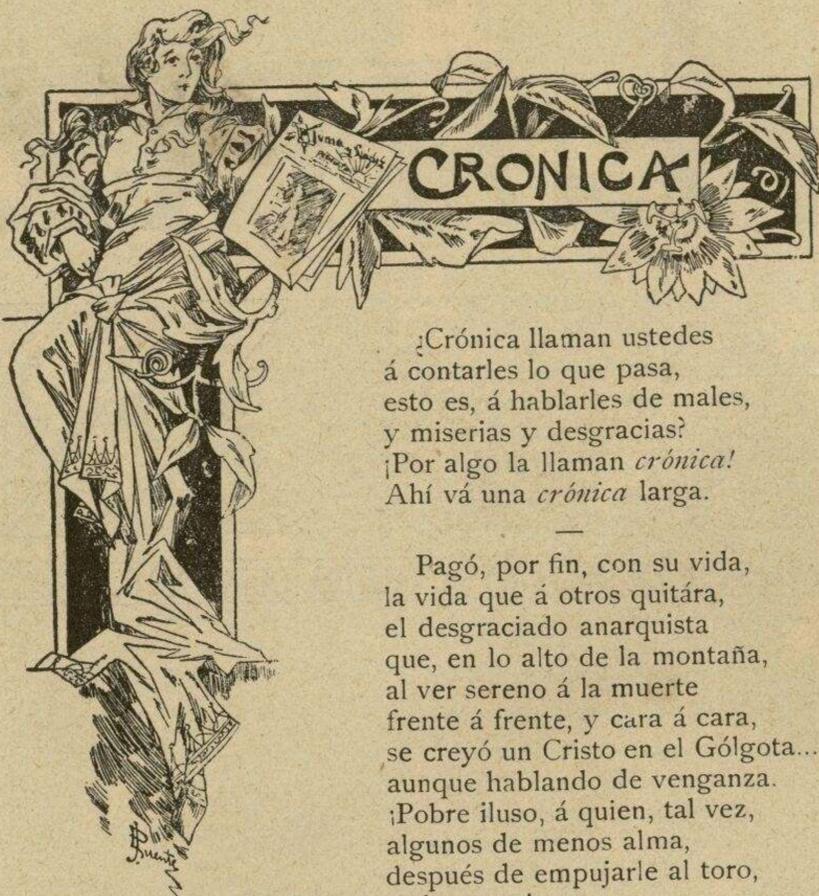
15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO N.º 8.

Fuente



GALERÍA DE BELLEZAS



¡Crónica llaman ustedes
á contarles lo que pasa,
esto es, á hablarles de males,
y miserias y desgracias?
¡Por algo la llaman *crónica!*
Ahí vá una *crónica* larga.

Pagó, por fin, con su vida,
la vida que á otros quitára,
el desgraciado anarquista
que, en lo alto de la montaña,
al ver sereno á la muerte
frente á frente, y cara á cara,
se creyó un Cristo en el Gólgota...
aunque hablando de venganza.
¡Pobre iluso, á quien, tal vez,
algunos de menos alma,
después de empujarle al toro,

le dejaron en las astas!

Ya está purgada su culpa,
y hecha la justicia humana,
que aun no ha inventado otro medio
para vengar las infamias,
que un *corbatín* en el cuello,
ó en la cabeza unas balas.

* *

Estaba el león dormido,
soñando en cosas de casa,
cuando, á traición, le sentaron
una mano en las espaldas.

Sacudiendo la melena,
alzó la cabeza brava,
rugió, espumajeando fuego,
clavó en el suelo las garras,
se oyó en la española tierra
el grito de ¡viva España!...
y, lo que pensó el león,
lo dirá el león en Africa.

Allá han ido los soldados,
abrazándose á las armas,
no á lavar aquella afrenta
con sangre mahometana,
que, aunque en el mundo, con sangre
todas las manchas se lavan,
la honra española es tan limpia,
que hasta con sangre se mancha;
á poner á aquellos perros

en la boca una mordaza,
y á vengar á unos valientes,
y á escupir á unos canallas.
Que, España... para nosotros,
será el peor país España,
pero, en cuanto otro lo dice,
tiene una mano en la cara.
Que, en eso de poner manos,
en las bocas que nos ladran,
si quisiéramos nosotros,
con las mujeres bastaba.

Un «¡viva!» de corazón,
á las muchachas de Málaga;
que ya sé yo que valdrían
para morir por la patria,
las que echan á los soldados
flores, y besos y lágrimas...

* *

Y, no ha habido nada más
en esta última semana;
la atención está en Melilla,
y en lo demás no repara.
Únicamente se sabe
que está algo mejor Sagasta,
y esto no es calamidad,
sino mejoría y gracias.
Yo deseo que se cure,
(lo digo con toda mi alma)
y deseo que el trapiés
pueda servir de enseñanza,
á él y á todos los políticos
que al país *pasan de capa*,
para que así miren más
en donde *meten la pata*.

MARIO



LA ÚLTIMA CITA

—Aunque me hubiera de costar la vida
hemos de hablar de aquello;
yo te he de ver un día frente á frente
para echarte á la cara mi desprecio,
y sacarme el puñal, que tú traidora
me clavaste en el pecho,
y llenarlo de besos abrasados
para llenarte el corazón de besos.
En vano es que en la calle, al encontrarme,
guardes, mirando al suelo,
los negros ojos donde yo veía
mi vida y mi ventura en otro tiempo...
¡Los he de ver un día tan de cerca,
como dentro de mi alma ya los veo!...
Por mucho que huyas tú por no salirles
á mis amargas penas al encuentro,
alguna vez, más tarde ó más temprano,
ya nos encontraremos.

Yo sé que, para dicha de mis penas,
hay un rincón obscuro en el infierno,
donde van los amantes sin ventura,
donde van los amantes sin consuelo,

y los que, por ingratos ó traidores,
han de lavar su falta en fuego eterno.
En vano es que, olvidando lo que sabes,
no me quieras mirar cuando te veo:
¡Volviendo la cabeza, no te puedes
esconder á tu propio pensamiento!
Yo sé que he de vengarme de tu infamia,
yo sé que he de vengarme de mis celos,
y he de escupirte en la traidora boca
que me dió á mí la muerte beso á beso,
por cada beso tuyo, una vez sola,
y mil veces por cada juramento,
y, por eterno que lo eterno sea,
me faltará para escupirte tiempo.
Ya lo sabes; esconde la cabeza,
y no me mires cuando yo te veo;
en el rincón aquél, en lo más hondo
del rincón más obscuro del infierno,
donde sé que tú has de ir, por cruel y falsa,
donde sé que yo he de ir, porque yo quiero,
¡allí te he de decir lo que tú sabes,
y te he de ver allí, y allí te espero!...

MARCIAL DE LOS RIOS

MITOLOGÍA CALLEJERA



MARTE



VENUS



BACO



EL CANTOR DE TEATRO



EL DE LA CALLE



EL DE LA IGLESIA

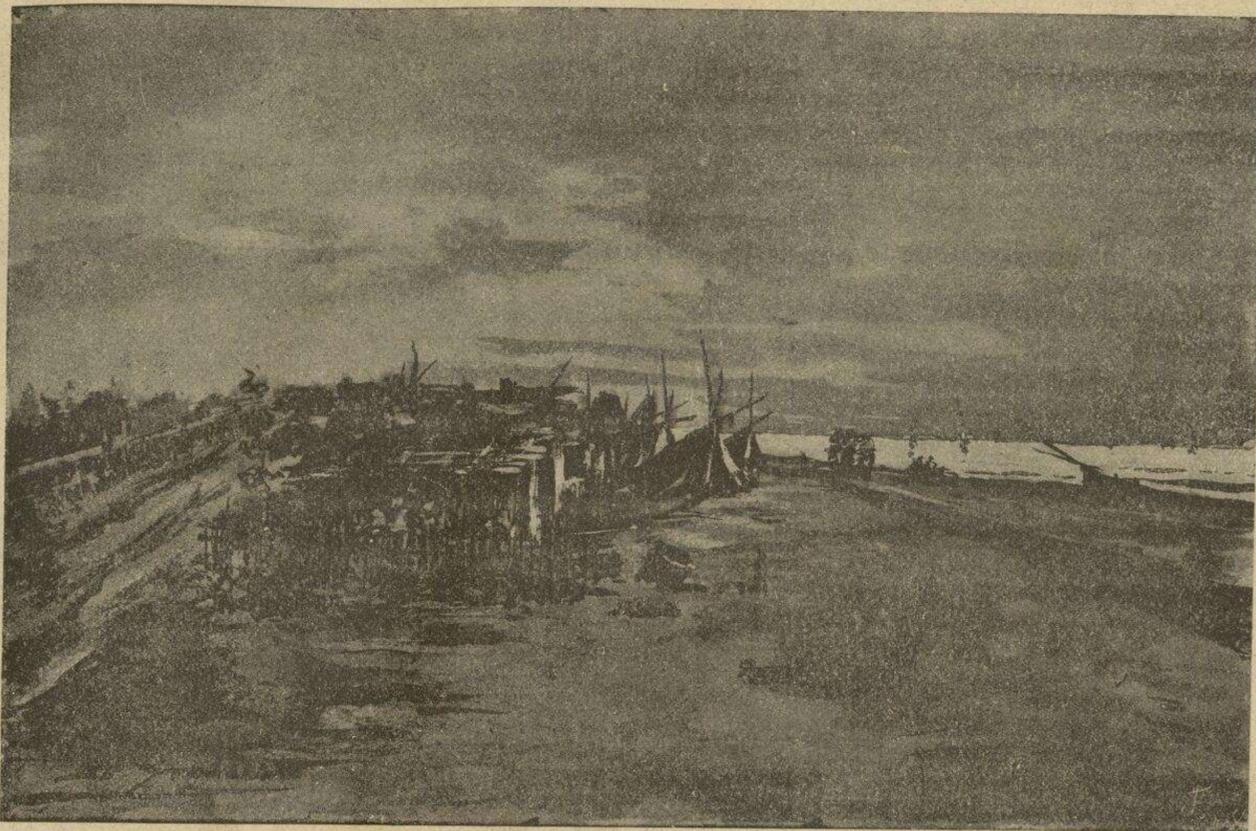
PEKIN

(ILUSTRACIONES DE LUIS GRANER)

I



SURGIÓ el sol sobre la inmensidad de las aguas. La niebla, herida por sus rayos triunfantes, se fundió en gruesas gotas, que parecían llanto de su forma expirante; fresca brisa, que del mar venía, templó el bochorno que engendraba la humedad, y sobre la playa dilatada apareció el desconocido barrio formado por un grupo compacto de casas y barracas que se elevaban por encima de la línea de arena. Avanzamos más y algunos minutos más tarde estábamos en Pekin.



Apenas metidos en la única calle de aquel barrio exótico, un olor acre y penetrante, característico á más no poder, nos advirtió que habíamos penetrado en los dominios del Extremo Oriente. Aquel olor era el del opio. Por allí debían habitar los chinos.

Junto á nosotros había seis ó siete barracas que afectaban la forma de un prisina derribado sobre una de sus caras, la más antigua de las formas de cabaña. Su armazón es de madera y cañizo recubiertos de paja negruzca, y en la parte que hace las veces de techo hay superpuestas toda una serie de planchas de lata, hierro, lona acartonada, tejas y demás materiales propios para privar el paso del agua. Para que todo ese conjunto heterogéneo no se largue *ad libitum* á la primer

ventolera que pase, sus propietarios han ideado una especie de tela de araña, metálica, que entre sí traba todas las partes de la techumbre, y que se compone de varillajes de paraguas, ligados unos con otros.

Cuando llegamos allí, todo era quietud y calma. Sólo á lo lejos, hacia el norte, se advertía el movimiento de una veintena de pescadores que se disponían á lanzar al mar una barca que salía para tirar *l'art*, sin que arredrara á los marinos la fuerte marejada que se estrellaba contra la costa. En la calle enarenada que corría á lo largo de las cabañas no se veía señal alguna de vida. Un perro blanco sucio y dos ó tres gatos negros, eran las únicas siluetas animadas de aquel lugar.

De pronto, y á medida que avanzábamos, un bulto que estaba en la puerta de una de las cabañas se movió, se irguió, retrocedió y cerró

la puerta de madera, en cuyo dintel se hallaba acurrucado. Fuimos hacia allí. De momento, no nos fué posible avanzar, pues salía de la guarida un humo denso y pestilente, que parecía deber prohibir toda invasión en el otro oscurísimo de donde salía. Uno de mis compañeros adelantó unos pasos y atrajo hacia sí la puerta. Una bocanada de humo salió del tugurio obligándonos á retroceder. Cuando avanzamos, tomando toda suerte de precauciones y después de saturar nuestro olfato en aquel novísimo perfume, pudimos ver un almacén de ropavejero en minatura dentro de la cabaña, y en el centro de ella, en cuclillas, medio desnudo, ante un fogón que se empeñaba en no arder, un hombre de tez cobriza, chatas narices, irsuto pelo, facciones irregularísimas, frente deprimida y ojos atravesados.

Era un chino auténtico. Graner que, á fuer de artista de raya, admiraba aquella silueta exótica encuadrada por marco apropiado á la figura, empezó á dibujar aquella cara rica en expresión, aquel cuerpo que habíamos hecho salir de la cabaña, merced á unos céntimos que recogió con avidez, y el lápiz del artista, rápido y guiado por mano inteligente, supo retratar mejor que ninguna pluma pueda hacerlo aquella muestra viviente de la raza asiática, en que se hermanan y funden en extraña mezcla, el talento de imitación llevado á un grado máximo, la crueldad extremada, la cobardía en el combate, el valor ante la muerte, la paciencia sublimada, la frugalidad incomprensible á fuerza de ser grande, y, como reflejo de una civilización petrificada, refractaria á todo adelanto, la impasibilidad individual, estampada en las facciones de la raza amarilla con sello indeleble, y que repugna ó espanta según se mire.

En tanto que Graner copiaba de perfil aquella cara estrambótica, sonó rumor dentro de una de las vecinas barracas y apareció en la puerta de ella otro chino, más entrado en años y cuyos cabellos grises, largos y erizados sobre su cráneo, le daban un aspecto salvaje africano.





EL «DIOS»

Aquel hombre, que hace ya la friolera de treinta y siete años que vive en España y veintidos en tal sitio, es el fundador del *Pekin*. En recompensa á los buenos servicios prestados á la sociedad de pescadores, que allí vive en buena armonía con los chinos, los marineros le han levantado á escote una barraca de cal y canto que envidian sus compatriotas.

Su primitiva barraca, cedida luego á un compatriota *pobre* — así lo dice él con gran énfasis, — sirvió de núcleo al *Pekin* actual. Algunos pescadores y dos ó tres compatriotas que pasados varios años vieron la libertad de que allí se disfrutaba, levantaron sus viviendas junto á la suya. Surgió la primera huerta, se abrió el primer pozo en la blanda arena, una barca pescadora reposó en aquella playa sus cuadernas quebrantadas por las olas del Mediterráneo, una taberna arraigó entre las barracas. ¿Para qué más? A dos mil leguas del mar de la China, bañada por otro mar, acariciada por brisas que sólo recuerdan los horribles tifones cada veinte años, se fundó la *Ciudad de Pekin*, que debió su nombre al buen Venancio, al chinito que marchó engañado á Cuba y que ahora vive entre los catalanes *ni envidiado ni envidioso*.

Y mientras marchábamos en demanda de almuerzo, al trote de nuestro caballo, hacia un espacioso y sombreado merendero que hay al otro lado del Campo de la Bota, pensábamos involuntariamente en el barrio que á la espalda quedaba, y donde, con distar una hora escasa de Barcelona, se vive y se muere sin pagar contribuciones ni consumos, sin necesidad de autoridades locales, bajo un régimen mezcla de comunismo y anarquismo, y dónde, sin embargo, no se conocen los ladrones, ni las riñas abundan, ni se perpetran crímenes. Dos razas viven allí en perfecta armonía, en la igualdad de la miseria.

Para saber como chinos y catalanes se ingenian y trabajan y se alimentan, era preciso buen rato. Necesitábamos, además, algún descanso para reponer las gastadas fuerzas, y estar en disposición de poder continuar la excursión comenzada.

El merendero nos brindaba con la fresca sombra de su toldo de parras, bajo el cual, una mesa baja, en medio de dos bancos de madera, parecía invitar á los transeuntes á gustar de aquellos platos, que dentro de la contigua casa humeaban, despidiendo olor de pescado frito. Almorzamos y volvimos después á *Pekin* para continuar nuestro estudio.

AUGUSTO RIERA



¡VAYA CON EL AMOR!

LA APUESTA DE LUCIFER

¡Caso más extraordinario!...
 ¡Pero, hombre, si yo creía que, en cosas de amor, sería un ladrillo refractario!
 ¡Yo á una «prenda amada» abrir el pecho! ¡Yo amar sin riendas! ¡si nunca pensé en más prendas, que en las prendas de vestir!
 ¡Yo correr, hecho un chiquillo ó un estudiante de tuna, trás de una niña, que es una princesa del dobladillo!
 ¡Sentirme yo á todas horas, presa de esta desazón!...
 ¡Abrigar yo una pasión de esas enloquecedoras!
 ¡Yo abrigo!... ¡Que no se diga!
 ¡Badajo!... Será un capricho...
 ¡Pero si de mí se ha dicho, que soy manta que no abrigo!
 Si yo pudiera abrigo, vencia mis ansias locas...
 ¡Le ponía un tapabocas, y hacia al amor callar!
 ¡Yo soy un tonto completo!
 ¡Abrigar amores yo!
 No soy ningún paletó...
 Si acaso, seré un paletó.
 ¿Por qué diablos me desboco pensando en ella, y me azara el encuentro de esa cara, que me está volviendo loco?
 ¡Badajo! Esto no se explica...
 ¡Si me cargan los noviajos!
 ¡Señor, para qué badajos, habrá nacido esa chica!...
 Es una chica ideal; sé que no me la merezco, y la veo, y enloquezco... y esto se pone muy mal.
 ¡Como ella quiera, me caza! Me hará hacer un desatino aquel rostro peregrino... que me huele á calabaza.
 Peregrino, si; no yerro...
 ¡Qué rostro! ¡Causa el disloque! Ojalá fuera él San Roque... y ojalá fuera yo el perro.
 Me causa un efecto tan extraño, que yo quisiera que un semblante se pudiera comer lo mismo que un pan.
 ¡Ay! si esto se tolerase... si eso no se castigara, yo me comía esa cara, por cara que me costase.
 Al empezar, yo con ripios no andaba: me le comía toda la «fisonomía»; ¡el mejor de los principios!
 Con la cara estropeada,

no la volvía á mirar...
 ¡Cómo me iba á mí á gustar una chica descarada!
 En fin, yo no sé qué hacer...
 La chica me perjudica...
 ¡Que me traigan esa chica, que me la quiero comer!
 ¡Y es tan salada! ¡Badajo!
 ¡Y estoy chiflado de un modo!...
 ¡Traiganla con sal y todo, que á mí me gusta el tasajo!
 Las chicas eran mi «fuerte», y ahora ellas mi flaco son...
 ¡Badajos! ¡Esta pasión, va á ser mi pasión y muerte!
 Al borde estoy del abismo, y, nada, que me malogro...
 ¡Yo quisiera ser un ogro, para tragarla ahora mismo!
 Va á ser peor que un Calvario esta pasión, como arreceie...
 ¡Y yo, que he sido una especie de ladrillo refractario!
 Como á esta chica divina conocí, yo no lo sé...
 ¡Si este amor me lo encontré á la vuelta de una esquina!
 ¡Badajo! Yo no me explico, por qué diablos me emociona esta muchacha tan mona, que quizá me dé algún mico.
 Cosa que temo, aunque sé que ella está bien educada, y aunque no pienso hacer nada, para que el mico me dé.
 Sin el seso me ha dejado; en cuanto la ví y me vió, el meollo me sorbió como quien sorbe un helado.
 Vivir sin seso, ni un pito me importa; no me contrista, porque yo soy periodista, y nunca le necesito.
 Pero me causa honda mella, y me parece violento, que no haya en mi pensamiento más que una inquilina: ella.
 Con este amor, que me ata y me altera noche y día, me cayó... la «latería», porque esto es ya mucha lata.
 —Este amor, que es un bromazo —pregunto—¿cómo ha venido?
 Y me dicen: —¡Es Cupido!
 (¡Rediós, con el salivazo!)
 Ya sé en qué el amor estriba, aunque ignoro quien lo fragua: ¡Se le hace á uno la boca agua para que trague saliva!...

FERNANDO SEGURA

I

EL diablo, aquel día, no entretuvo sus ocios—como el dicho vulgar supone—espantando moscas con el rabo, pues, amén de no contar S. M. diabólica con tan feo aditamento, resultaría la ocupación impropia é invrosimil en el rey del infierno. Si bien anda *in puribus* y tiznado como cualquier carbonero, cuando viene en gusto de hacerlo, lávase el rostro y se perfuma y acicala poniéndose de veinticinco alfileres, que no en balde—y á las Escrituras me atengo—fué en un principio Luzbel ó Luzbella, el angel más hermoso que formaba en la cohorte celestial.

El diablo, digo, aquella tarde quiso darse un paseo por la tierra, y vestido de limpio como cualquier burgués y acompañado de un truchiman del averno—súbdito suyo—en el siglo filósofo y humanista, y en la caldera un chicharrón maldiciente, salió á la haz de este planeta, á tiempo que el sol—sin duda para no ser cómplice alumbrando las barrabasadas que pudieran cometer Mefistófeles y su acompañante—escondíase bonitamente detrás de las montañas.

—¿Dónde vamos, señor?—preguntó con toda humildad el esclavo de Luzbel.

—Donde quieras, Fernández—replicó el diablo.

—Dirijámonos á España.

—Acertada es la elección; es un país delicioso.

—Y sus mujeres las más bellas del mundo,—suspiró Fernández melancólicamente.

—¡Y buen vino!

—Así es, señor... ¿Cuándo emprendemos la marcha?...

—Espera á que se haga de noche, que no es prudente que á tí y á mí nos vean volando por los aires; que tal es la jactancia de esos bichitos humanos que, si así nos vieran, creerían que era un hecho lo de la dirección de los globos.

Fernández y el diablo sentáronse al pie de un roble y sacaron de las alforjas que traía el primero, unos fiambres.

Pusiéronse á cenar.

Concluida la cena, entróle en ganas al filósofo armar polémica con su señor, el cual, á las primeras de cambio, le ordenó suspendiese tratamientos enojosos.

—Te aseguro—decía Fernández,—que en la tierra todo lo puede el dinero... ¡Es el mejor auxiliar que tienes y el que más almas te regala.

—No lo niego, pero, aún tengo otro de más poderío.

—¿Cuál?...

—El amor.

—¡Já! ¡Já! ¡Já!—rió Fernández, poco respetuosamente.—¡El amor, diablo! Si parece mentira que tú, el Rey del mal, digas eso.

—No seas idiota, hombre; te digo que el amor...

—¿El amor?—interrumpió sin gran ceremonia el filósofo.—¡Ya

entendiéndolo la fusión de la materia, el goce egoísta, la perpetuación de la raza; si á eso llamas tú amor... bueno.

—¡No! ¿Qué ha de ser eso?... Hablo de los sentimientos del alma: de la pasión del espíritu.

—Eso no existe: es una tontería con un nombre: nada más.

—¿Quieres verlo por tus ojos? ¿Quieres apreciar como esa ton-tuna tiene más fuerza que el dinero?... ¡Responde, filosofastro positivista!...

—Sí, sí, quisiera verlo, —dijo Fernández, sonriéndose burlona-mente.

—Para que aprecies mejor mi complacencia, doy de barato que yo sea tu señor y tú mi esclavo. Admito tu rivalidad: Tú, representarás en la tierra el dinero, yo el amor... La prueba durará un año: yo iré á buscarte donde quiera que te encuentres al final de nuestro empeño. Aquí tienes esta bolsa de oro: es inagotable. Puedes ya marcharte á donde te plazca.

II

Según el rancio cronicón de donde está tomada la aventura infernal que copiamos, al cabo del tiempo prefijado, encontráronse, en un mesón de Castilla, el diablo y Fernández; éste, traía su cuerpo ricamente prendido; aquél, ostentaba todas las seducciones de un lindo mozalbate.

Reconociéronse ambos, no obstante los trueques de personali-dad, se estrecharon las manos, pidieron de cenar al huésped y, mien-tras ponían los manteles, Fernández, que tenía mayor impaciencia que su adversario, comenzó diciendo:

—Señor: gracias á la magia de vuestra bolsa, puedo ofreceros en esta interminable lista—y sacó un abultado cuaderno del bolsi-llo—gran copia de súbditos... Todo se ha inclinado ante mí, es decir, ante el poder del oro... He triunfado de virtudes que parecían tener la solidez del granito, de inocencias tan transparentes como la clara linfa de los lagos; de pechos altivos y liberales. He sembrado la avaricia y grande ha sido mi cosecha; he roto la santidad que presidía en muchos hogares; he armado el brazo de la necesi-dad ó del vicio; me he reído grandemente de todas las hipocresías; he sido paladin de amores con damas desde la más alta á la más baja estofa: he disfrutado de todos los goces mundanos, he hecho escarnio de la virtud; he abierto puertas secretas viendo que es cierto el adagio: «No hay cerradura, si es de oro la ganzúa»; he pisoteado muchos pudores: en una palabra, el placer ha sido mi esclavo... Buenos dineros os cuestan mis presas, pero, ellas os dirán con mejor elocuencia que la que mi lengua pudiera emplear, que el mundo está por el dinero y que mi triunfo es irrecusable.

Calló Fernández, entregó á Mefistófeles el cuaderno, y éste, des-pués de repasar la lista, se la devolvió diciéndole irónicamente:

—Crecida es la suma, pero, no aventaja á la mía... Tú has re-presentado en el mundo el poder del oro; yo el del amor... En mi fal-triquera jamás llevé ni un maravedí para ayudarme en mis em-presas; lo fié todo á la gentileza y donaire de mi juventud, y con so-lo estas prendas he hecho germinar en sinnúmero de doncellas las ilusiones de la pasión; he sido novio y amante; he arrancado lágrimas de duelo y de alegría, he recibido besos, abrazos y toda suerte de caricias, desde las que se prodigan callandito y tímidamente hasta las que origina una explosión de cariño satisfecho; mi amor, pobre y obscuro, ha derrotado el caudal y esplendores de los que en el mundo ostentan prosapia ilustre y ascendencia de príncipes. Por mi causa, los labios virginales de muchas mujeres se han manchado con la blasfemia y la maldición; los ventanales del alma han encendido las antorchas de la pureza y han vertido las perlas del dolor; el pecho, ha experimentado torturas sin cuento; las rodillas se han doblado á mis pies, y las manos se han extendido hacia mi infernal persona demandándome recuerdo eterno; no ha habido locura ni sacrificio que no hayan hecho por retenerme: la más púdica se ha convertido en mi esclava, regalándome las primicias de su edad florida; la más hermosa ha hecho abstracción de su hermosura; la más rica de sus joyas; la más pobre de sus harapos: he ex-poleado la voluntad, el amor propio, el interés y las pasiones de mis víctimas, y las he visto humilladas, temblando ante mi cólera pedir-me con sus bocas trémulas y con sus labios suplicantes, perdón. ¿A mí? ¡¡Es cosa de risa! El positivismo, la ignorancia, la sabiduría, el pu-dor ó el descoco de unas y otras, ha sido humo ante el capricho del tiránico amor; y en las muy sosegadas de ánimo he despertado los celos que siempre duermen en todo corazón humano, y constante excitabilidad nerviosa en las muy vehementes. De mí se han enamorado hasta el suicidio y apasionado hasta el crimen. He impera-do en villas y aldeas, en chozas y en palacios, lo mismo en el cora-zón de la heredera de un trono que en el de la que por única he-rencia tiene el agua del mar, los árboles del bosque, el azul del cie-lo. Amor ha sido en los pechos femeninos aspid que, al recojerse en ellos ha matado los afectos hacia la familia y hacia la sociedad, has-ta el punto de que la hija olvidase al padre, abandonándole; la madre al hijo, la esposa al esposo, la huérfana de parientes, al mundo, concentrando en mí todos estos cariños, y creyéndose absueltas de

sus yerros deshonorosos con una caricia mía... Todo heroísmo, toda aberración, todo crimen, todo desconocimiento de lo humano y de lo divino, ha tenido por origen un extremecimiento del corazón de la mujer hacia el hombre, del hombre hacia la mujer; y yo, Luzbel, encarnado en un mozalbate; yo, el genio del mal, el espíritu tenebroso, el gozador de lo más ruín y repugnante, el mayor vicioso y el gran enemigo de cualquiera acción noble ó virtuosa, me he sentido anonadado, empequeñecido, cobarde, estúpido, sin ánimo ni voluntad ante las pruebas grandilocuentes conque el amor ha lucha-do conmigo... Ahora, dime tú si con el dinero hallaste cosas pare-cidas y produjiste tragedias é idilios allí donde fuiste.

Calló el diablo y miró con sobra de desprecio al filósofo, que, atento hablábase oído, reflejándose en su rostro el estupor ante tal cúmulo de cargos.

— Señor—insinuó con sobrada humildad, contemos el número de víctimas.

—Como gustes; descontemos de él á los hombres.

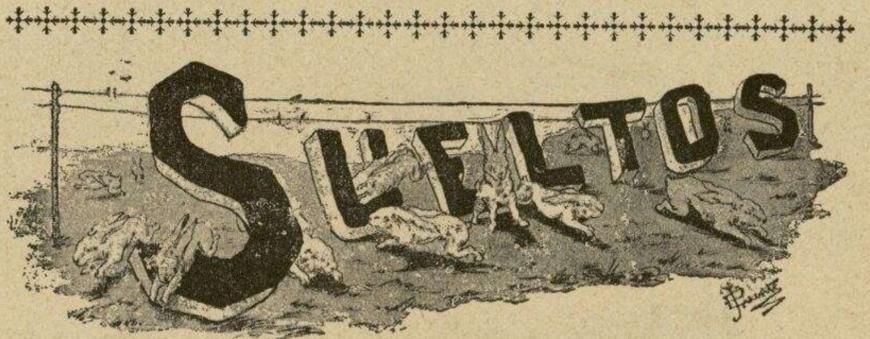
—Quedan descontados.

—Ahora responde á esta pregunta. ¿Entre las mujeres qué conquistó el dinero, cuántas contaban menos de veinte años de edad?...

—Ninguna, señor; todas pasaban de los veintiuno.

—Lo sabía; en cambio, todas las que conquistó el amor no con-taban más allá de los veinte... Yo lo vés, filosofastro, el triunfo es mío; el amor, atrae las flores en capullo; el dinero, sólo doblega flores agostadas...

ALEJANDRO LARRUBIERA



A propósito de haberse prohibido en París, en un teatro de cuyo nombre no puedo acordarme, que las señoras vayan á las butacas *ensombreadas* (y no puedo acordarme tampoco de si esta medida ha sido una exigencia de la Sarah Bernardt), ha empezado á hablarse aquí, en España, de implantar esa moda en el teatro.

Ojalá que sí; que á los pacíficos espectadores, se les suprima de una vez la vista del panorama eterno de las frondas.

Pero ¡ya verán Vdes. como no se les suprimirá!

Porqué, sabido es que las señoras acostumbran á adornar los sombreros con plantas más ó menos exóticas, pero abundantes casi siempre.

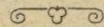
Y á adornar las plantas con cintitas de colores, para que no se escapen.

Y á poner, al lado de las plantas, algunas flores.

Y junto á las flores algunas frutas.

Y cerca de las frutas algunos pájaros.

Y ¡claro! los pájaros... ¡Cualquiera les quita á ellas los pájaros de la cabeza!



¡Fiense Vdes. de las *pobres-chicas!*

Por si un pato era macho ó era *pata*, se trabaron de palabras dos individuos del ramo, en la *Boquería*, y de las palabras pasaron á las manos, y de las manos á una porción de sitios, el Juzgado inclusive.

Y ¿saben Vdes. lo que pasó cuando pasaron á las manos?

Que se zurraron de lo lindo la carne blanda, y hubo azotes con música de monedas de cinco duros.

Porque allí, en el sitio donde se pegaban, llevaba una de las *Menegildas* interfectas, la friolera de trescientas cincuenta pesetas en monedas de cinco duros.

Lo que decía ayer hablando de eso, un testigo *ocular* de aquel escándalo:

—¡Cualquiera se dejaba dar un *tute* si le hicieran echar así otro tanto!

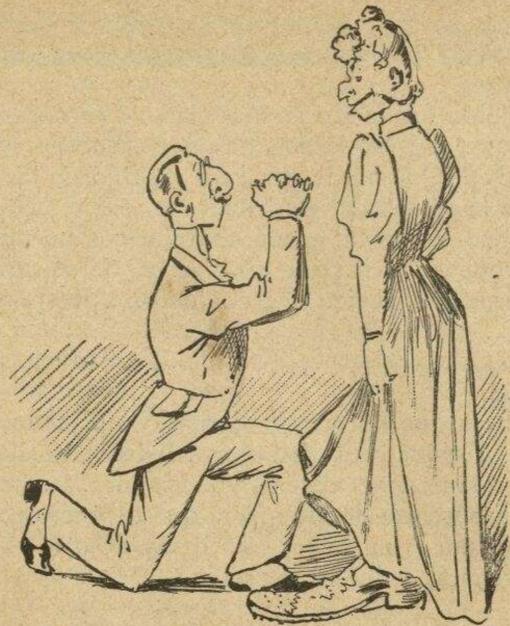




No me mires de este modo
que me vas á marear,
y ahora estoy en tierra firme
y tus ojos son la mar.



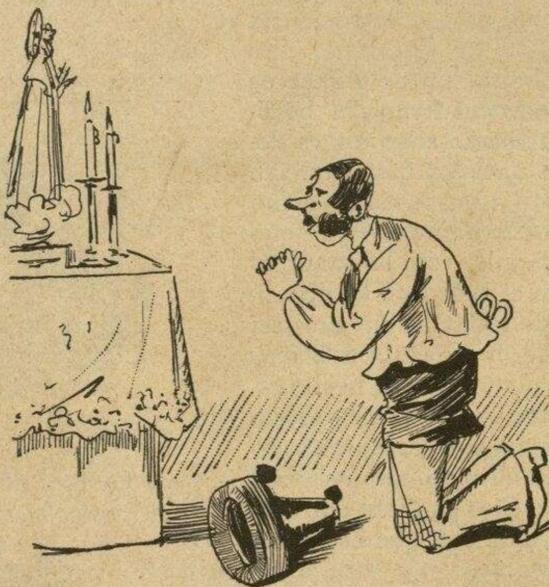
Yo no necesito luces
aunque la noche no es clara,
porque el sol de la alegría
alumbrando está mi alma.



Una planta me recetan
para mis males, Inés:
ven, y encima de mi pecho,
pon la planta de tus piés.



Te quiero porque eres gorda,
porque eres gorda te quiero;
siempre me dice mi padre
que busque mujer de peso.



Binge der Mayor Doló:
di que quiera esa gachí
como quiere ese gachó.



Por la calle arriba,
por la calle abajo,
¡alma de mi alma, cuantas pulmonias
se cogen al paso!

Frades 93

TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES, RELIEVES

Y CASA EDITORIAL

DE

BUSQUETS HERMANOS

Calle del Olmo, núm. 8

BARCELONA

VERMOUHT UNIVERAL

MANSIO

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

FABRICA EN SANS

CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositaris Exclusivos en España
DE LOS ACEITES,
grasas y desincrustantes
MARCA FENIX
Correas, Empaquetaduras, Gomas,
Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación directa de aceites minerales
de Rusia y América

BILBAO, BAILEN, 176
-(Teléfono n.º 638)-

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona. trimestre 2 Pesetas
Provincias. semestre 4 ,
Ultramar y extranjero. un año 13 ,

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID

para la venta de números corrientes y atrasados

D. ANTONIO FERNA-DEZ. - MAYOR, 2 Y 4

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL. - Calle de Chile, número 2164